

RAHULA, EL PRIMOGENITO DE SIDARTA

Pocos saben de las ondas penas, de los odios gigantes y de las tribulaciones inmensas que pueden encerrar los lujosos e inexpugnables muros de los palacios. A veces las tristezas dejan marcas que las glorias de la realeza no pueden borrar.

¡OH! Cuántos poderosos sonrían al mundo para encubrir las penas que los torturan. Cuantos montan fiestas ríen a carcajadas para ahogar el llanto de sus almas que sufren acongojadas.

Es por ello que los sabios dejan la gloria y el mando a los necios que se creen grandes, no sabiendo que la fama y el poder son como las grandes alturas que solo producen frío y soledad.

Recordemos que en el palacio se vivían momentos difíciles cuando Sidarta tocó el escabroso tema de partir. El rostro del rey, que un momento antes estaba rojo de ira, se volvió verde de espanto y sintió miedo; luego, con la voz entrecortada por la desesperación, le dijo a su hijo:

—Sí. Salvaremos el mundo, pero juntos y desde aquí.

Hubo un silencio sepulcral. Transcurrió más de una hora y ninguno de los dos pronunciaba palabra alguna... pero se miraban. El rey habló.

—Siempre has vivido dichoso amado hijo. Tendrás que cuidar de tu adorada esposa quien también merece vivir feliz, además toda tu familia y amigos te adoran. Olvida esa loca idea de marcharte. Solo temerás a Dios y lo amarás eternamente.

—No, padre mío, no se puede amar a un dios al cual se le teme pues ese amor no es más que miedo. Ningún tirano ha sido amado si no temido. y Dios no puede ser un tirano.

Además, creer por fe ciega es cerrar los ojos de la razón. ¿Para qué Dios nos dio el raciocinio si no lo podemos utilizar?

—Quienes adoran a un Dios porque le temen, también adorarían a Mara si se les apareciera. La obediencia que brota del amor es la única que vale.

—Padre mío, te he querido como nadie lo podrá hacer jamás, pero dime: ¿Cómo es posible que alguien pueda gozar de estar vivo, sabiendo que su cuerpo puede destruirse en cualquier momento como una débil vara, y no basta un reino ni poder más grande que lo pueda impedir?

— ¿Quién puede ser dichoso si sabe que cada día es más viejo hasta que llega a convertirse en una cosa digna de lastima? ¿Cómo puede haber placer cuando en el mundo entero hay inmensos dolores por doquier?

El rey le respondió: —Hijo mío, Dios manda pruebas a los hombres para que se acuerden de Él.

El príncipe le dijo—Si yo pongo el dedo en la llama me quemo y no fue un castigo de Dios sino una consecuencia de mi desatinada acción. El dolor es una consecuencia y no una arbitrariedad de algún dios inventado.

—Si Dios es un padre de amor estoy seguro que no hará sufrir a ninguna de sus criaturas; pero, como el sufrimiento existe por doquier, hay que buscar su causa en otra parte.

—Padre mío, el alma del mundo ha entrado en mi corazón por la puerta grande y me comprime el pecho.

—Siento una gran pena por los que vienen por primera vez a este mundo, los compadezco, ya que les espera una cadena interminable de sufrimientos.

—La celestial belleza de Yasodara huirá, se volverá arrugada y encorvada, tú morirás, te quemarán, y yo tendré que presenciar ese macabro espectáculo. Mi alma no resistiría ese trance tan amargo.

— **¿Para qué desearía nacer un ser humano en este mundo de miserias sin fin?**



En ese momento sonaron panderetas y se escuchó un canto alegre de niños que derramaban flores y rociaban perfumes. Se acercaron, se arrodillaron ante el Rey, y la encargada del cortejo, con voz emocionada, les dijo:

— ¡Regocíjase por la dicha! La princesa Yasodara está próxima a dar a luz a su primogénito y fue voluntad del príncipe que le advirtieran con anticipación, ya que quería presenciar el nacimiento de su hijo.

RAULA, EL HIJO DEL PRINCIPE

Después de una terrible tempestad de sucesos dolorosos, sobrevino un cataclismo de incertidumbre. No era la costumbre que los hombres presenciaran un parto, tarea exclusiva para mujeres, hasta que Sidarta rompió el paradigma y participó fervorosamente en el nacimiento.

Mientras su interior ardía, su rostro permanecía sereno y animó a su esposa a soportar los intensos dolores; luego sostuvo al niño hasta que su madre lo recibió en su seno.

Este hecho pareció borrar de la mente del príncipe el incidente anterior, ya que hablaba con su padre de cosas distintas al dolor. El rey Sudodana, por su parte, se tranquilizó y pensó para sí:

—Quiero a Sidarta más que a mi propia vida y temo perderlo; sé que él sentirá lo mismo por su hijo, y ello será la mejor prenda para atarlo a la vida de hogar.

Además, el hecho de que haya conocido el mundo duro, quiere decir que ya no tendré que aprisionarlo más en estas murallas doradas.

Aprovechó la calma que aparentaba su hijo y visitó los sabios del templo para prevenirlos; les dijo:

—Pronto vendrá el príncipe a indagar sobre las marcas y señales futuras de su recién nacido hijo; os ordeno que preparéis las mejores predicciones que puedan darse en una criatura que comienza su debut en un mundo de gloria y poder.

—Vuestros consejos han de producir en Sidarta deseos de apego a ese niño y confianza en la vida. Os ordeno que se cumplan esos resultados.

Más tarde el rey sugirió a Sidarta, quien estaba pendiente de todos los cuidados que debían tener su esposa e hijo, que, como era costumbre, el padre de toda criatura debe registrar ante los sabios el nacimiento e indagar por su futuro.

Obediente el príncipe fue al templo donde los sabios trataron de esgrimir las mejores predicciones para el infante. Sidarta les respondió enérgicamente.

— ¡Solamente vengo a registrar a mi hijo en el libro de reyes de la familia Sakia!



—En cuanto a su futuro no necesito que me lo cuenten; sé con seguridad que va a sufrir; está fabricado de carne corruptible y vino a un mundo de sufrimientos.

—Perdón, noble príncipe, —interrumpió el sabio mayor—: El nacimiento es un milagro de belleza indescifrable, y más de tu hijo que nació perfecto y destinado a reinar.

—Nadie puede asegurarle que va a reinar—interpeló Sidarta—, la enfermedad lo puede atacar en cualquier momento y los gusanos serían los que reinarían en su cuerpecito indefenso.

—No veo la belleza en el nacimiento, sentí una lanza en mi alma al observar los horribles dolores que sufrió mi esposa.

— ¿Cómo puede ser dichosa una vida que comienza con los gritos de dolor de quien la da y con las muecas de espanto de quien la recibe?

— ¿Cómo no va a ser este un mundo de dolor, si al nacer lloramos y al morir nos lloran? Creo que, si los muertos tuviesen la libertad de renacer en este mundo, la mayoría no lo harían.

—La Naturaleza que da esplendor al nacimiento del arco iris y adorna de belleza el nacimiento de las flores, ¿por qué, a quien dicen ser el rey de la creación, le diseñó un recibimiento tan cruel?

— ¿Acaso no le demostró con este hecho que venía a un mundo de dolor y no a un paraíso de placer?

—Se nace con sangre, con flujos, babosas placentas y excremento. La criatura emite un grito de dolor al nacer y hace la mueca de la muerte cuando pasa del medio tibio y protector del vientre de la madre al frío vacío del medio ambiente.

—Sus manitas se mueven asustadas sin saber a donde asirse, le cortan con dolor el lazo que lo une con su madre para que tenga que empezar a alimentarse por sus propios medios; siente hambre, siente terror de un mundo desconocido, y por eso grita espantado.

—En su carita desfigurada se aprecia claramente la mueca de su futura muerte.

— ¿Eso es lo que ustedes llaman una maravilla?

Yo no lo veo así. —Continuó el príncipe— Sé que yo no le hice el cuerpo, nació a través de Yasodara pero ella no lo fabricó tampoco. Sé que un Dios perfecto, fuerte y bondadoso no pudo hacer esa debilidad dolorosa.

—Buscaré al que fabrica los cuerpos, lo descubriré, lo encontraré. Es mi misión.

—Perdón, noble príncipe, —dijo el sacerdote—. Comprendemos lo que usted dice pero los sinsabores del nacimiento pronto pasarán y su hijo lucirá bello y radiante; usted sentirá una satisfacción inmensa por el hecho de ser su padre.

—No es así —repuso Sidarta—. Antes yo no sentía miedo y ahora lo estoy sintiendo; temo por la salud y el futuro de mi hijo. Ustedes dicen que goza con sus hijos el que tiene hijos, y yo les aseguro:

***“Sufre con sus hijos el que tiene hijos,
sufre con sus amores el que tiene amores,
por sus posesiones sufre el hombre.*”**

***Querer es sufrir y desear es sufrir.
No sufre el que no desea,
no sufre el que no se apega”.***

Los que poco piensan dicen que Buda fue un pesimista. Él vio las cosas tal como son, y no con la hipocresía de la gente que trata de encubrir la realidad de este mundo.

Sidarta descubrió el dolor y se enfrentó con él. Se propuso encontrar su causa, y lo logró. Luego elaboró su remedio y lo aplicó.

Nunca se conformó con aceptar ciegamente —como lo hace la mayoría—, o de culpar al destino o a los dioses, y sufrir con resignación la decisión arbitraria de un dios iracundo y condenador.

Buda fue el hombre más positivo que existió porque siempre confió en encontrar un estado libre de sufrimiento: se sumergió en él, y nos enseñó cómo hacer lo mismo.

LA RENUNCIACIÓN

Sidarta decidió acompañar y alentar a su dulce Yasodara quien lucía como una radiante madre divina. El rey observaba con beneplácito el cuadro hogareño y pensaba:

—La sangre que corre por mi corazón vale poco comparado con el amor que le tengo a mi hijo. Por ello comenzó a preparar gran fiesta en ciudad y palacio que duraría siete días.

Monarcas e invitados ofrecerían lujosos regalos. La gala y la suntuosidad brillarían en el reino. En la ciudad, tanto el vino como el ruido de los desfiles reales hacían adormecer los sufrimientos al pueblo y también los sumía aún más en la abyecta ignorancia.

En tanto, mientras el cuerpo de Sidarta permanecía en pie, su alma estaba de rodillas; lo agobiaba una tristeza tan honda como la profundidad del mar. Mientras su cuerpo continuaba en el mundo, su alado espíritu había remontado el vuelo hacia el infinito.

Parecía que se hubiese dividido en dos seres: el uno, atento y resuelto a sus deberes, y el otro destrozado por la realidad del dolor inextinguible de los seres que bajo el firmamento viven.

Sidarta pensaba: —La rueda del destino aprisiona a todos entre sus dientes demoledores y, mientras unos son aplastados, otros gozan de efímeros momentos ensalzados por falsas creencias, hasta que la rueda infernal gira su otra media vuelta y los tortura.

—Debo encontrar la forma de destruir esa rueda macabra y espantosa del dolor.

Descubriré al hacedor del cuerpo, de este cuerpo el cual es una ciudadela hecha de carne, huesos y sangre, donde la maldad el orgullo y la hipocresía se han establecido.

También habitan en esta casa, como huéspedes permanentes, la dolorosa enfermedad, la dolorosa vejez y la dolorosa muerte.

UNA TENÁZ DECISIÓN

El príncipe por un momento se retiró a su aposento para descansar. Se sentó, cerró los ojos y se puso a hacer planes muy distintos a los que su adorada familia pensaba:

—Debo partir, se acerca la hora. Los dioses no han curado las enfermedades de este mundo.

—Si no han podido hacerlo, ¿en qué radica su poder de ser dioses? Y si pueden y no lo hacen ¿dónde está su compasión? Si hasta ahora no lo han hecho sé que ya no lo harán.

—Mi compasión por el dolor ajeno es más grande que el apego por mi hijo, esposa, padre y reino. Se me ofreció la vida de un dios terrestre, pero yo no la quiero; por que, quien vive solo para sí, esta muerto para los demás.

—Los hombres temen a los dioses, les hacen sacrificios, les ruegan, les suplican, pero no he visto a ninguno que lo hayan librado de los tormentos del amor o de la dolorosa pérdida de sus seres queridos.

—Quizá los dioses son mudos testigos de esta desesperación y no pueden hacer nada, porque es la ley la que hace girar la espantosa rueda, y los dioses están también sometidos a sus traicioneros giros.

—Ellos también necesitan ayuda porque, no importa su alto vuelo, también pueden caer si se descuidan en cumplir la ley.

— ¿De qué valdrían millones de años de vida placentera conseguida por el merecimiento de muchos sacrificios y dolores si, una vez agotada la reserva, se desploman a un mundo de dolor?



— ¡No!, no puedo permitir que la rueda siga girando, destruiré sus radios y no volverá a girar; Partiré, nada me detendrá.

—Me siento abrumado por el peso de millones de existencias y estoy sediento de la verdad eterna. La buscaré en los laboratorios secretos de la Naturaleza.

—Dejaré mi corona, mi juventud, los delicados brazos de mi amada reina y lo, que es más duro, despojarme de mi hijo. Mi padre sufrirá.

pero seré firme. No volveré hasta haber pero seré firme. No volveré hasta haber encontrado lo que busco.

—La angustia se apodera de mi alma

— ¿Qué se hace el aroma cuando la rosa muere? ¿Hacia dónde va el aceite cuando la llama lo consume? ¿Dónde se esconden los dioses cuando el alma sufre? Yo encontré lo que nadie ha buscado.

—
Llegó la noche. En la víspera de la fiesta, en los salones reales había vino, panderetas, guirnaldas, y comenzaban a llegar los primeros invitados.

El príncipe hizo una ronda junto con su padre, saludó a los huéspedes reales y luego se retiró a cuidar el sueño de su adorada. Amorosamente acariciaba su primogénito del alma y pensaba:

—El amor fue corto y la ausencia será larga.

Y, mientras las hojas de los árboles cantaban la melodía del silencio, Sidarta escuchaba la congoja de su alma atormentada por el dolor del mundo.



www.magnumastron.org